

acercaros aquí. (Anochece; el fuego empieza á brillar en el fondo).—El crepúsculo vespertino ilumina el cielo con luz suave; en brillo aumentan las llamas que me protegen. ¿Por qué se elevarán ondeantes hasta alcanzar la cumbre de esta escarpada roca? (Suena en el fondo la bocina de Sifredo. Brunilda escucha, y luego dice henchida de ternura): ¡Sifredo!... ¿de vuelta ya Sifredo? ¡me anuncia su llegada! Voy, voy á salir á su encuentro! Voy á echarme en los brazos de mi dios.

(Llena de alegría corre hacia el fondo. Llamas de fuego saltan sobre la cumbre de las rocas: de ellas sale Sifredo é inmediatamente las llamas vuelven á retroceder y á resplandecer como antes en el fondo del escenario. Sifredo lleva en la cabeza el yelmo, que le cubre toda la frente, y tan sólo le deja libres los ojos, aparece en forma de Gunther).

BRUNILDA (asombrada).—¿Traición? ¿quién vino hasta aquí?

(Retrocede hasta el fondo y contempla asombrada y muda á Sifredo).

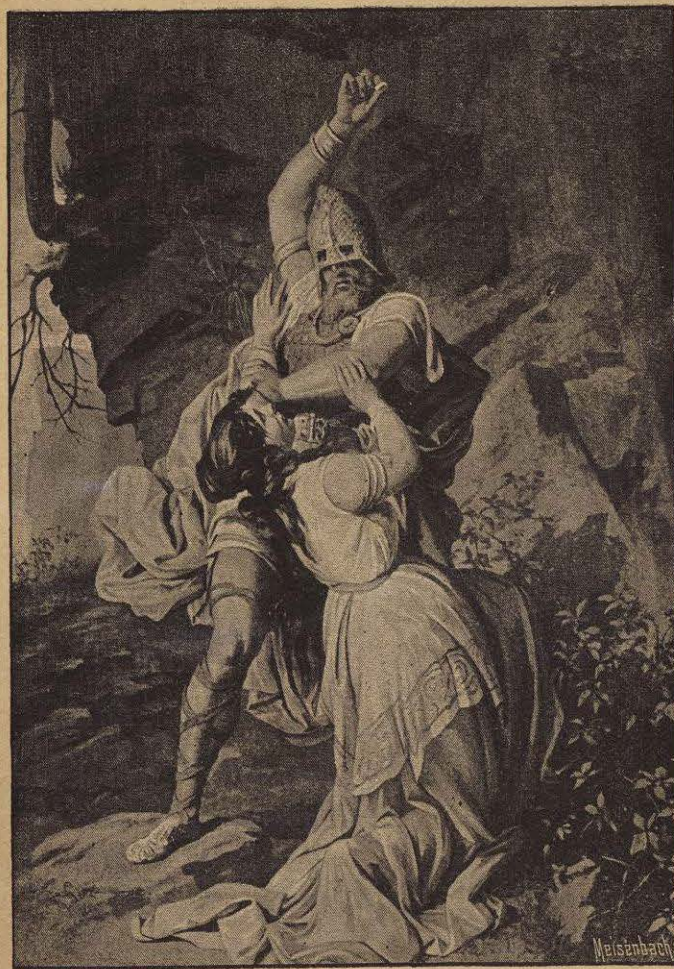
SIFREDO (en el fondo, sobre la roca la observa largo tiempo, apoyado en su escudo; luego, con voz fingida y profunda).—¡Brunilda! hasta aquí vino quien no teme el fuego. ¡En tu busca llegué; sígueme y sé mi esposa!

BRUNILDA (agitada por vivo temblor).—¿Quién es ese hombre?... ¿cómo logró lo que sólo al más fuerte estaba destinado?

SIFREDO (continuando en el mismo lugar).—Un héroe que te dominará por la fuerza si la fuerza puede obligarte.

BRUNILDA (horrorizada).—Algún brujo es quien subió hasta esa piedra; volando vino un águila, á despedazarme. ¿Quién eres tú, horrible aparición? (Sifredo calla). ¿Desciendes de hombres? ¿O acaso del nocturno ejército de Hella?

SIFREDO (después de largo silencio).—Un gūibi-





junjo soy; Gunther se llama el héroe á quien como esposa habrás de seguir.

BRUNILDA (desesperada).—¡Wotan, dios furioso y cruel! ¡Oh desdicha! ahora comprendo el rigor de tu castigo: ¡me entregas al dolor y a la vergüenza!

SIFREDO (salta de la roca y se acerca á Brunilda).—Cercana está la noche: conmigo has de despojarte en tu morada.

BRUNILDA (mostrándole con aire amenazador el dedo en que lleva el anillo).—¡Lejos de mí! ¡Teme ese símbolo! no lograrás forzarme á ese oprobio, mientras me proteja este anillo.

SIFREDO.—Cásate con Gunther; por su poder te casarás con él.

BRUNILDA.—¡Atrás, ladrón! atrás... bandido! ¡No oses acercarte! con el anillo soy fuerte como el acero: ¡nunca me lo quitarás!

SIFREDO.—Tú misma me indicas que debo despojarte de él.

(Se precipita sobre ella; luchan. Brunilda se desprende de sus brazos y huye. Sifredo la alcanza. Luchan de nuevo: la coge y le arranca el anillo. Brunilda suelta un grito y se deja caer como rendida sobre la roca en forma de banco delante de la cueva).

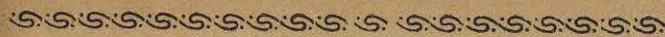
SIFREDO.—¡Ya eres mía! ¡Brunilda, esposa de Gunther, llévame ahora á tu aposento!

BRUNILDA (casi desmayada).—¿Cómo has de poder defenderte, mujer miserable?

(Sifredo la hace entrar con imperioso ademán: temblando y con inseguro paso entra en su cuarto).

SIFREDO (tirando de la espada y volviendo á hablar con su voz natural).—Ahora, Nothung, sé tú testigo de que honestamente alcancé á esta mujer guardando al hermano fidelidad; líbrame, pues, ahora de su novia! (Sigue á Brunilda).





## ACTO II

La orilla del río enfrente del alcázar de Guibij: á la derecha la entrada de la casa; á la izquierda la orilla del Rhin, desde la cual, hacia la derecha del fondo atravesando parte del escenario, se elevan altas rocas cortadas de vez en cuando por algunos senderos. Entre esas rocas se ven tres, consagradas, una á Fric-ka, otra mayor y situada á mayor altura, á Wotan, y á un lado otra igual, á Donner.—Es de noche.—Hagen, con la lanza en una mano y el escudo en la otra, está sentado y dormido en el dintel. De pronto brilla la luna iluminando al centinela: Alberto, encogido delante de Hagen y con los brazos apoyados en las rodillas.

ALBERTO.—¿Duermes, Hagen, hijo mío? ¿Duermes y no me oyes, á mí, á quien el sueño hizo traición?

HAGEN (en voz baja y sin moverse, de modo que parece seguir durmiendo, á pesar de tener los ojos abiertos).—Ya te oigo, enano; ¿qué tienes que decirme mientras duermo?

ALBERTO.—Atiende al poder de que dispones, si eres tan valiente como la madre que te dió á luz.

HAGEN.—Aunque me dió mi madre valor, no puedo estarle agradecido de que sucumbiera á tus astucias: viejo me veo y pálido, siendo aún joven, y odio á la gente jovial; ¡no sé lo que es alegría!



ALBERTO.—¡Hagen, hijo mío, odia á la gente jovial! así me amarás como debes, á mí que siempre viví reñido con la alegría! Si eres fuerte, valeroso y prudente, pesares dará nuestra enemistad á los que combatamos. Quien una vez me quitó el anillo, Wotan el feroz ladrón, fué derrotado por su propia raza: el welsa le arrebató poder y dominio. Toda la generación de los dioses ve espantada acercar su fin. ¡Ya no le temo! ha de caer con todos ellos! ¿Duermes, Hagen, hijo mío?

HAGEN (sin variar de postura).—¿Quién heredaría entonces el inmenso poder?

ALBERTO.—Nuestro sería el mundo si no me faltase tu fidelidad, y si arden en ti mi furor y mi deseo de venganza. El welsa rompió la lanza de Wotan; en ruído combate mató al dragón y se hizo dueño del anillo: el Walhalla y todo el país de los nibelungos se le postran; en ese héroe, que nunca conoció el miedo, se embota mi propia maldición: ignorando el valor del anillo no utiliza su fuerza enviable; sonríe y nada en amor y dicha. Sólo en su perdición estriba nuestra completa victoria. ¿Me escuchas, Hagen, hijo mío?

HAGEN.—El mismo coadyuva á mi plan con su propia perdición.

ALBERTO.—Lo que importa es recobrar el anillo de oro. El welsa adora á una mujer; si ella le llega á aconsejar que se lo devuelva á las hijas del Rhin, á quienes yo en otro tiempo engañé en la profundidad de las aguas, para siempre habría perdido el oro, ya no tendría medio de volverlo á alcanzar. Vé, y sin titubear, dirige al anillo tus pasos: con ese objeto te engendré... para que te hicieses poderoso contra los héroes. Verdad que no te dí suficiente fuerza con que hacer frente al dragón, lo que sólo al welsa fue concedido, mas te eduqué para que pudieses alimentar en tu pecho odio tenaz; con él lograrás vengarme y hacerme

recobrar el anillo para escarnio del welsa y de Wotan! ¿Me lo juras, Hagen, hijo mío?

HAGEN.—¡Descuida, obtendré el anillo!

ALBERTO.—¿Me lo juras?

HAGEN.—A mí mismo me lo juro; acalla tus temores.

(La sombra cada vez más densa vuelve á cubrir á Hagen y á Alberto: empieza á amanecer por la parte del Rhin).

ALBERTO (mientras va desapareciendo a la vista, en voz más baja).—¡Sé fiel, Hagen, hijo mío! héroe querido, sé fiel! sé fiel!

(Alberto ha desaparecido completamente. Hagen, que ha conservado su primitiva actitud, mira sin moverse y fijamente hacia el Rhin. Sale el sol y se refleja en el agua).

(Sifredo aparece de pronto en la orilla saliendo de entre unos matorrales. Preséntase en su propia figura, pero con el yelmo puesto: se lo quita y lo cuelga del cinturón).

SIFREDO.—¡Hola! perezoso Hagen! ¿no me ves llegar?

HAGEN (levantándose poco á poco).—¡Ah! Sifredo! héroe querido! ¿De dónde vienes tan precipitadamente?

SIFREDO.—De la peña de Brunilda. Tan rápido fué mi viaje, que allí tomé el aliento con el que ahora te llamaba: más despacio me sigue una pareja pasando en una barca el río.

HAGEN.—¿De modo que obligaste á Brunilda...?

SIFREDO.—¿Está despierta Gutruna?

HAGEN.—¡Hola! Gutruna! ha llegado Sifredo! ¿qué aguardas?

SIFREDO.—A los dos os diré cómo vencí á Brunilda.

(Gutruna, saliendo, acude presurosa á su encuentro).

SIFREDO.—Bienvenida, hija de Guibij. ¡Buenos mensajes traigo!



UTRUNA.—En nombre de todas las mujeres te saluda Freia.

SIFREDO.—Recibe amorosa y alegre á quien en breve será tu esposo.

GUTRUNA.—¿De modo que sigue á mi hermano Brunilda?

SIFREDO.—Fácil fué conquistarle la mujer.

GUTRUNA.—¿No le repelió el fuego?

SIFREDO.—Aunque me hubiese podido devorar, gustoso lo desafié por él, pues de ese modo alcanzaba tu mano.

GUTRUNA.—¿Pero no te ha lastimado?

SIFREDO.—A mí me alegraba aquel ardor.

GUTRUNA.—¿Brunilda te tomó por Gunther?

SIFREDO.—Ni en un ápice me diferenciaba de él; gracias al poder del yelmo, según me lo predijo Hagen.

HAGEN.—Buen consejo te dí.

GUTRUNA.—¿Así lograste dominar á aquella valiente mujer?

SIFREDO.—Cedió á la fuerza de Gunther.

GUTRUNA.—¿Y se desposó contigo?

SIFREDO.—Durante toda la noche de boda, obedeció á su marido.

GUTRUNA.—¿Pero te tuvo por tal?

SIFREDO.—Sí; pero mi pensamiento estaba contigo.

GUTRUNA.—¿Pero á tu lado estaba Brunilda?

SIFREDO (señalando á su espada).—Tan cerca, como cerca está el Norte del Este y Oeste: tan lejos estaba Brunilda de mí.

GUTRUNA.—¿Cómo recibió á Gunther cuando la dejaste?

SIFREDO.—Al rayar el alba, atravesando las llamas que iban extinguiéndose, me la llevé de allí y la conduje á la llanura, y llegado que hubimos al sitio destinado donde tenía que esperarnos tu hermano, ocupó el Gunther verdadero el puesto del falso, y yo por medio del poder del yelmo, en un

momento me transporté aquí. Ahora, empujados por favorable brisa, se acercan los desposados; disponeos á recibirlos.

GUTRUNA.—¡Ah, Sifredo! miedo tengo de tu poder.

HAGEN (mirando desde el fondo, río abajo).—A lo lejos veo una vela.

SIFREDO.—¡Dad, pues, las gracias al mensajero!

GUTRUNA.—Recibámosla con júbilo, para que se quede aquí gustosa y alegre! Hagen, llama á todos los vasallos para que estén presentes á las bodas de la corte de Guibij! Alegres mujeres llamé á la fiesta, que gustosas os seguirán. (Atravesando la sala y dirigiéndose á la entrada en donde estaba Sifredo). ¿Descansas?

SIFREDO.—¡Descanso para poderte ayudar mejor! (Sifredo la sigue. Ambos se dirigen á la sala).

HAGEN (de pie en la altura, de cara á la pradera, hace sonar con toda su fuerza una bocina, que es un gran cuerno de toro).—¡Hola!... ¡EH! ¡Vasallos de Guibij, levantaos! Prestad al país vuestras armas! Disponeos para el combate!

(Vuelve á tocar el cuerno. De distintas direcciones contestan los ejércitos. De las cumbres como del llano llegan precipitadamente diferentes vasallos, todos armados).

LOS VASALLOS (primero llegan sueltos, luego van viniendo cada vez en mayor número).—¿Por qué nos llamas? ¿por qué reunes los ejércitos? ¡Venimos armados y dispuestos á la batalla, Hagen! ¿Qué pasa? ¿qué enemigo se acerca? ¿contra quién tenemos que pelear? ¿necesita Gunther de nuestra ayuda?

HAGEN (desde la altura).—Estad sobre aviso y no descañéis: tenéis que recibir á Gunther que se ha desposado.

LOS VASALLOS.—¿Se acecha algún peligro? ¿le oprimen enemigos?



HAGEN.—Conduce á su morada á una preciosísima mujer.

LOS VASALLOS.—¿Acaso los enemigos de sus vasallos los persiguen?

HAGEN.—Sólos vienen; nadie los persigue.

LOS VASALLOS.—¿De modo que venció el peligro y soportó la lucha?

HAGEN.—El vencedor del dragón fué quien venció el peligro: Sifredo, el héroe, quien le dió la dicha.

LOS VASALLOS.—¿Y en qué tienen ahora que ayudarle los héroes?

HAGEN.—Tenéis que inmolar vuestros mejores bueyes; que vea Wotan correr su sangre en el ara para él consagrada.

LOS VASALLOS.—¿Qué más quieres de nosotros?

HAGEN.—Tenéis que inmolar al dios de la alegría un jabalí, un morueco á Donner y ovejas á la diosa Fricka, á fin de que les conceda feliz unión.

LOS VASALLOS (demostrando cada vez más su alegría).—¿Qué haremos luego de haber inmolado á esos animales?

HAGEN.—Tomad los vasos que os servirán las mujeres, llenos de hidromiel.

LOS VASALLOS.—¿Y qué haremos con los vasos en la mano?

HAGEN.—Beberéis hasta que os venza la embriaguez: todo en honor de los dioses para que les concedan feliz unión.

LOS VASALLOS (soltando la carcajada).—¡Sonríe la grandeza, la dicha y la alegría sonríe al Rhin, pues hasta el sombrío Hagen se alegra!

HAGEN (que ha estado siempre muy serio).—¡Cesad ya de reír, valientes vasallos! Recibid á la prometida de Gunther; allí viene con él Brunilda. (Ha bajado y se ha metido entre los vasallos). ¡Sed fieles y obedientes á vuestra soberana: si alguna vez la aflige alguna desventura, estad prontos á la venganza!

(Gunther y Brunilda. Llegan en la barquilla. Algunos vasallos saltan al río y empujan la barca á tierra. Mientras Gunther y Brunilda son conducidos á la orilla, los vasallos cruzan las armas. Hagen está en el fondo, á un lado).

LOS VASALLOS.—¡Bienvenidos! bienvenidos Gunther, el héroe y su prometida!

HUNTER (dando la mano á Brunilda para ayudarla á salir del bote).—Al Rhin os traigo á Brunilda, á la mujer más hermosa: jamás fué desposada otra más noble! Los dioses fueron propicios á la raza de los guibijungos, y por fin obtiene ahora el más alto honor!

LOS VASALLOS (golpeando las armas).—¡Salud á ti, Gunther, el más feliz de los guibijungos! (Brunilda, pálida, y baja la mirada, sigue á Gunther, que la conduce hacia el portal, del cual salen Sifredo y Gutruna, acompañados de algunas mujeres).

GUNTHER (parándose con Brunilda en el umbral).—¡Yo te saludo, héroe querido; yo te saludo, hermana mía! Satisfecho te veo al lado del que por esposa te obtuvo. Dos parejas felices veo en mi casa. Brunilda y Gunther, Gutruna y Sifredo!

(Brunilda se asusta, alza los ojos, ve á Sifredo: suelta la mano de Gunther, llena de emoción da un paso hacia Sifredo, retrocede luego espantada y clava en él la vista. Asombro general).

VASALLOS Y MUJERES.—¿Qué le pasa?

SIFREDO (se adelanta tranquilamente hacia Brunilda).—¿Qué te sorprende?... ¿qué te aqueja, Brunilda?

BRUNILDA (medio desmayada).—Sifredo... aquí... Gutruna?...

SIFREDO.—Me he desposado con la bella hermana de Gunther, como tú con él.

BRUNILDA.—¿Yo... Gunther?... mientes! Todo está á mi alrededor sumido en tinieblas...

(Vacila, y próxima ya á perder los sentidos, Sifredo acude á sostenerla).



BRUNILDA (débil y en voz baja á Sifredo).—¡Sifredo... no me conoces ya!...

SIFREDO.—Gunther, tu mujer está enferma! (Gunther se acerca). ¡Despierta, mujer! aquí está tu esposo.

(Mientras Sifredo diciendo esto señala á Gunther, repara Brunilda en el anillo de Sifredo).

BRUNILDA (muy sobresaltada).—¡Ah! el anillo... en su mano! El... Sifredo?

VASALLOS Y MUJERES.—¿Qué le pasa?

HAGEN (desde el fondo saliendo entre los vasallos).—Atended á las quejas de esa mujer!

BRUNILDA (haciendo un poderoso esfuerzo para ocultar su grande emoción).—Ví en tu mano un anillo: no es tuyo, á mí me lo arrancó ese hombre! (Señalando á Gunther). ¿Cómo te ha de haber entregado el anillo?

SIFREDO (mirando atentamente el anillo que lleva).—No lo recibí de su mano!

BRUNILDA (á Gunther).—Si fuiste tú quien me quitó el anillo, por el cual me casé contigo, reclámale el derecho que tienes sobre él.

GUNTHER (Confundido).—¡El anillo!... yo no le dí ninguno; pero, ¿lo conoces bien?

BRUNILDA.—¿Dónde está, pues, el que robaste? (Gunther, más perplejo, calla).

BRUNILDA (furiosa).—¡Ah! Ese fué quien me arrancó el anillo: Sifredo, ese ladrón traidor!

SIFREDO (que sumido en la contemplación del anillo se acuerda de pasados tiempos).—No alcancé el anillo de ninguna mujer; y no obstante luchando, á una mujer se lo arranqué: reconozco muy bien lo que una vez gané venciendo á aquel formidable dragón en la cueva de la envidia.

HAGEN (interponiéndose entre ambos).—Brunilda, mujer valiente, ¿conoces bien el anillo? Si es el que diste á Gunther, entonces es tuyo, y Sifredo lo ganó por traición, que tiene que purgar el infiel!

BRUNILDA (con profundo dolor).—¡Mentira! engaño! traición! cobarde traición... como jamás castigó venganza alguna!

GUTRUNA.—¡Traición!

LOS VASALLOS.—¿A quién se hizo traición?

BRUNILDA.—¡Dioses sagraados! ¡celestiales guías del destino! ¿Fué tal vuestra voluntad? ¿Queréis probarme con tales tormentos como jamás padeció mortal alguno? ¿Me hacéis sufrir tal ignominia como nadie sufrió? ¡Aconsejadme ahora pues una venganza cual nunca haya existido! Encended en mí una ira que nunca haya podido domarse! Haced que se despedace el corazón de Brunilda para que pueda aniquilar á quien le hizo traición!

GUNTHER.—¡Brunilda, esposa! cálmate!

BRUNILDA.—¡Lejos de mí, traidor! traidor á ti mismo! Sabedlo todos: no con Gunther, sino con Sifredo estoy desposada.

VASALLOS Y MUJERES.—¿Sifredo, el esposo de Gutruna?

BRUNILDA.—El me forzó á que le entregase mi amor.

SIFREDO.—¿En tan poco tienes tu propio honor? ¿Tendré que acusar de mentirosa la lengua que te ofende? ¡Juzgad si fuí infiel! Yo he jurado á Gunther fraternidad: Nothung, mi espada, protegió mi juramento; su filo me separó de esa desolada mujer.

BRUNILDA.—¡Cómo mientes, astuto! Conozco muy bien el filo de Nothung, pero también la vaina en que blandamente reposaba mientras su dueño se desposó conmigo!

LOS VASALLOS (se agrupan indignados).—¿Cómo rompió el juramento?... ¿manchó el honor de Gunther?

GUNTHER.—Lo había perdido y cubierto estaría de oprobio si no pudieses contestar á lo que dice.

GUTRUNA.—Infiel Sifredo, ¿meditaste cuán gran-



de era tu traición? Pruébanos que es falso lo que Brunilda dice.

LOS VASALLOS.—¡Defiéndete de aquella acusación! confunde á la que te acusa; ¡júralo!

SIFREDO.—Si confundo á la acusadora, si lo juro, ¿quién se batirá por él?

HAGEN.—Yo te presento la punta de mi lanza para que ella guarde el honor del juramento.

(Los vasallos forman un círculo alrededor de Sifredo;

Hagen presenta á éste la punta de la lanza: Sifredo coloca sobre ella los dos dedos de la mano derecha).

SIFREDO.—Apoya, arma sagrada, mi juramento! Por la punta de la lanza lo pronuncio: atiéndeme bien. Donde pueda cortarme un filo, córtame tú; donde pueda herirme la muerte, hiéreme tú, si dice verdad aquella mujer... si falté al juramento!

BRUNILDA (furiosa, entra en el círculo, separa la mano de Sifredo de la lanza, y en cambio pone la suya).—Apoya, arma sagrada, mi juramento! Por la punta de la lanza lo pronuncio: atiéndeme bien: Yo consagro tu furor á que le aniquile; conjuro tu filo á que le corte; pues falta á todos sus juramentos, perjuro es ese hombre.

LOS VASALLOS (en tumulto).—Ayúdanos, Donner; suelta tus tempestades para acallar las voces de ese oprobio.

SIFREDO.—Gunther, prohíbe á tu esposa tan falsas acusaciones. Dejad que repose y se sosiegue la salvaje mujer de las rocas, para que temple ese su desvergonzado furor, que alguna brujería anima contra nosotros. Vosotros, valientes guerreros, evitad el conflicto; no os mezcléis en esas contiendas femeniles. Si con palabras nos hace la guerra, me doy por vencido. (Acercándose mucho á Gunther). Créeme, más que á ti me irrita que no haya podido engañarla bien; paréceme, casi, que el yelmo no me ha cubierto del todo. Pero pronto se apacigua el furor de las mujeres; de seguro que más tarde me agradecerá que la haya entregado á tu poder.

(Vuelve á dirigirse á los guerreros). Regocijáos, vosotros; seguidme al banquete. Ayudad, vosotras, mujeres, á reanimar la alegría de la boda! Sonríenos ahora el deleite; donde quiera que estemos habéis de verme á mí, siempre jovial entre todos vosotros. Cuando el amor alegra mi ánimo, iguálemme si puede el más dichoso!

(Sin contener su alegría, rodea con sus brazos á Gutruna y la conduce consigo á la casa; los guerreros y mujeres los siguen).

(Brunilda, Gunther y Hagen. Gunther, lleno de vergüenza y desconcertado, se sienta á un extremo).

BRUNILDA (en el proscenio y mirando fijamente ante sí).—¿Qué magia maldita se esconderá aquí dentro? ¿Qué brujería será la causa de todo eso? ¿Qué fué de mi saber, que no pudo aclararme tal enigma? ¡Oh desgracia! ¡Oh dolor! Entera le dí mi sabiduría; y ahora tiene cogida á la sierva; en sus lazos me prendió en rehenes gimiendo por mi perdido honor, que entregó á otra. ¿Quién será el que me ofrezca la espada con que poder cortar mis ataduras?

HAGEN (acercándose mucho).—Confía en mí, mujer engañada. Yo vengaré la traición que te hicieron.

BRUNILDA.—¿En quién?

HAGEN.—En Sifredo... el traidor.

BRUNILDA.—¿Tú vengarme de Sifredo? (Se ríe amargamente). Tan sólo una mirada de sus ojos radiantes que, hasta en medio de su hipocresía, me enviaban su brillo, haría temblar tu más esforzado valor.

HAGEN.—¿Pero acaso crees que no podría mi lanza castigar su perjurio?



BRUNILDA.—Juramento y perjurio... Inútil cuidado! A más fuertes tendría que haber vencido tu lanza si quieres con ella derribar al más poderoso de todos!

HAGEN.—Ya conozco cuán difícil es vencer en combate á Sifredo; aconséjame tú el medio que debo emplear para que sucumba.

BRUNILDA.—¡Oh ingratitud! ¡Oh vergonzosa recompensa! Ni un solo medio me fué conocido que no le sirva ahora en defensa propia, y haga su cuerpo invulnerable.

HAGEN.—¡Qué!... ¿No puede ofenderle arma alguna?

BRUNILDA.—En el combate, no; pero sí cuando pudieses herirle por la espalda. Pero eso nunca lo lograrás; nunca, lo sé, dió Sifredo la espalda al enemigo; nunca le verás huir, y es por tanto inútil que pienses en eso.

HAGEN.—Allí será donde le herirá mi lanza. (Se vuelve á Gunther). Animo, Gunther, noble guibijungo. ¿Por que te abismas en tu pena, mientras se muestra tan fuerte tu mujer?

GUNTHER (apasionadamente, levantándose).—¡Oh vergüenza! Oh ignominia! Desdichado de mí, el hombre más desgraciado que existe!

HAGEN.—Cargado estás de oprobio, ¿lo desmienta acaso?

BRUNILDA.—¡Oh! cobarde! mal compañero! detrás del héroe te escondiste para que él te conquistase nuevas glorias. Mucho ha degenerado tu noble raza cuando tales hombres engendró.

GUNTHER (fuera de sí).—¿Yo engañador y engañado? ¿Yo traidor y vencido? Rasgáme el pecho. Hagen, ven en ayuda de mi honor; ¡por mi madre que también á ti te dió á luz!

HAGEN.—A ti nadie puede salvarte más que la muerte de Sifredo.

GUNTHER.—¡La muerte de Sifredo!

HAGEN.—Sólo ella borrará tu afrenta.

GUNTHER (lleno de horror, fija inmóvil su mirada delante de sí).—Nos hemos jurado mútua fraternidad.

HAGEN.—Con su sangre pague el perjurio.

GUNTHER.—¿Perjuró acaso?

HAGEN.—Puesto que te hizo traición.

GUNTHER.—¿Pero me hizo traición?

BRUNILDA.—Te hizo traición á ti, y á mí vosotros todos. Si de ello quisiera tomar justa venganza, la sangre del mundo entero no sería bastante para borrar vuestro crimen. Pero la suya lavará la afrenta de todos. Caiga Sifredo en castigo de su falta y de la vuestra.

HAGEN (acercándose á Gunther).—Caiga por tu bien. Alcanzarás inmenso poder si logras obtener el anillo, que sólo la muerte puede arrancarle.

GUNTHER.—¿El anillo de Brunilda?

HAGEN.—El anillo del nibelungo.

GUNTHER (suspirando profundamente).—Eso sería la muerte de Sifredo.

HAGEN.—A todos nosotros nos conviene.

GUNTHER.—¿Pero y Gutruna? ¡ah! yo que le dí á Sifredo: si castigamos así al esposo, ¿cómo nos presentamos luego ante ella?

BRUNILDA (con furia).—Ahora lo veo claramente, en medio de mi mayor desamparo: Gutruna se llama el mágico poder que robó al esposo. Hiera su corazón angustia eterna!

HAGEN (á Gunther).—Si su muerte ha de causarle pesar, ocultémosela. Mañana partiremos para alegre cacería: el héroe nos precedará, luego le matará un jabalí.

GUNTHER Y BRUNILDA.—Sea! Caiga Sifredo: borre su muerte la mancha que me hizo. Ha faltado á la fidelidad del juramento; pague con su sangre la infamia! Oh tú, dios sabio y vengador, tú que defiendes todos los juramentos: Wotan! Wotan! Dirige á nosotros tu mirada... manda aquí todo el



séquito sagrado para que oiga el de nuestra venganza.

HAGEN.—Sea! Sucumba Sifredo; muera el héroe afamado! Mío es el tesoro, á mí me pertenecerá; arranquémosle el anillo! Padre de los enanos! Príncipe caído! señor de los nibelungos! Alberto! Alberto! Atiende mis palabras; llama de nuevo tu ejército para obedecerte á ti, el dueño del anillo. (Gunther y Brunilda se dirigen apresuradamente á la casa, de donde les salen al encuentro Sifredo y Gutruna, invitándoles á que entren. Sifredo lleva en la cabeza una corona de hojas de encina, Gutruna se adorna con flores de colores varios. Gunther da la mano á Brunilda y los sigue. Hagen se queda solo. —Cae el telón).



### ACTO III

Bosque abrupto y rocas situadas á orillas del Rhin, que corre por el fondo del escenario en lo más hondo de un declive.

LAS TRES HIJAS DEL RHIN (Woglinda, Welgunda y Flosshilda, salen á la superficie del agua y nadan en círculo durante el canto siguiente):—El sol nos lanza sus rayos luminosos; la noche reina en lo profundo: iluminado estuvo en otro tiempo, pues en él refulgía el oro del padre, oro del Rhin! oro brillante! ¡Cuán hermosa resplandecías en otros tiempos, radiante estrella de la profundidad! Mándanos, oh Sol, al héroe que nos devuelva el oro; si lo volviésemos á alcanzar, no te envidiaríamos tus relumbrantes rayos! Oro del Rhin! Oro brillante! ¡Cuán hermosa resplandeciste en otros tiempos, radiante estrella de la profundidad!

(Suena en la altura la bocina de Sifredo).

WONGLINDA.—Oigo el sonido de su bocina.

WELGUNDA.—Se acerca el héroe.

FLOSSHILDA.—Ocultémonos. (Se sumergen de súbito.

(Sifredo aparece en la altura, completamente armado).